

La Virgen de Consolación.

I

Allí, coronando
la cumbre del cerro,
de murallas cercada y de torres
que deshace la huella del tiempo,
deja ver la vetusta almedina
la alta torre de gótico templo
y á su lado, humildes,
las techumbres de viejo convento,
y torres fornidas,
y muros deshechos
de un antiguo castillo que supo
abatir á dos Reyes el cetro. (6)
Ancha torre, que al cauce profundo

del Marbella se asoma con miedo,
 por un viejo arco,
 al cerrado recinto da acceso,
 y bajo la bóveda,
 del muro en un hueco,
 de la Virgen se ve con su hijo
 una imagen pintada en un lienzo.
 El nombre dulcísimo
 á la Virgen le dan del Consuelo,
 pero, nadie sabe
 quién allí la ha puesto,
 ni quién fué el artista
 que á su rostro bello
 animó de la gracia y ternura
 con que mira piadosa á su pueblo.
 ¿Queréis que os relate
 con sencillos y fáciles versos
 de la santa Virgen
 la leyenda, que guarda el misterio?
 Pues bien, escuchadme,
 que ya bullir siento
 en mi mente, de tiempos pasados,
 mil confusos y vagos recuerdos,
 y evocada por santos conjuros,
 que inspiraron al bardo sus sueños,
 una vaga sombra
 á mi oído se acerca en silencio
 y en voz baja, que yo solo escucho,
 me refiere la historia que ós cuento.

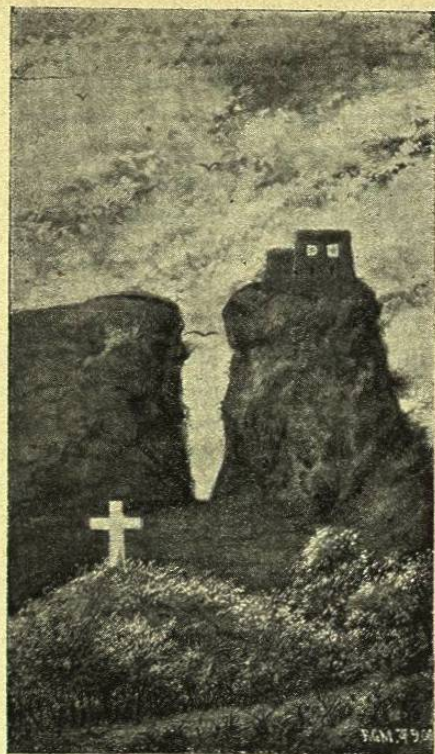
II

Del mahometano alcaide de Baena
 en el harem, que los eunucos guardan,
 se agitan bulliciosas
 y alegres las esclavas.
 De un baño de alabastro,
 como Venus saliendo de las aguas,
 una hermosa doncella
 ruborosa y desnuda se levanta.
 Sobre su cuerpo vierten
 perfumes de la Arabia;
 con cendales de lino
 cubren sus carnes, como nieve blancas,
 y con joyantes sedas,
 de bordados en oro recamadas,
 la visten cuidadosas
 á la morisca usanza.
 Dobles collares de irisadas perlas
 ciñen á su garganta;
 al desnudo tobillo
 aros ajustan de luciente plata,
 y al brazo, aureas ajorcas
 de rica filigrana.
 Es una nazarena
 á sus padres robada

que cual rico presente
al harem se destina del Monarca.
La luz del nuevo día
la encontrará camino de Granada,
porque el baenés caudillo
gran recompensa de su Rey aguarda.
Triste está la doncella,
amargo llanto empaña
los cristales purísimos
de sus ojos de garza,
que entre rubor y espanto verá pronto
bárbaramente su pureza hollada.
Su espíritu batiendo
de la oración las impalpables alas
se eleva al cielo y dice:
—¡Oh Virgen del Consuelo sacrosanta!
tú, pura entre las puras,
libra mi cuerpo de lasciva mancha
y á ti será mi virginal pureza
por siempre consagrada.—
Mira, y se encuentra sola
en la lujosa estancia;
de rodillas y en cruz vuelve á su ruego,
cuando una hermosa dama
á ella llega y le dice:
—Ya es hora de que partas;
sigueme que te esperan.—
Levantóse, temblando, la cristiana
y de aquella mujer, que parecía
morisca por su traje y por su cara,
siguió, muda, los pasos,
admirando la gracia

con que á su cuerpo se plegaba el traje
de transparentes gasas.
En pos una de otra
atravesan las puertas del Alcázar
y siguen luego juntas
una calle pendiente y solitaria,
hasta dar en la torre
que al recinto da entrada.
Rendida al sueño encuentran
la numerosa guardia;
sin ser vistas descenden hasta el valle;
la matrona se para
y á la cristiana dice: —Ya estás libre;
mira á la luz que reverbera el alba
por el blanco camino
que de la sierra baja,
cómo hacia aquí se acerca
un escuadrón de lanzas;
es del tercer Fernando
la temida vanguardia:
corre á su encuentro, pero no me olvides,
que mi dulce consuelo nunca falta
á las almas piadosas
que de veras me llaman.—
Despareció la dama como niebla
que el aire manso arrastra
y retornó la joven
pura y libre á su casa.
Conocido el milagro de la Virgen,
cuando al moro la villa fué tomada
bajo del arco que pasar la viera
el lienzo se fijó que la retrata,

y aun parece que brotan de sus labios
aquellas sacratísimas palabras
con que brinda consuelo
al que humilde la llama.



La Cruz de la Roldana.

I

Allá, donde al Sur acaban
en la región cordobesa
de las feraces campiñas
las onduladas praderas,

alza su mole rocosa
 una gigante cadena
 de montañas azuladas,
 cuyas atrevidas crestas
 suben á sacar el rayo
 del seno de las tormentas.
 Trepando penosamente
 por las abruptas laderas
 sube del valle á la cumbre
 una pedregosa cuesta,
 hasta dar en una villa
 que en escondida meseta,
 de altivas rocas cercada,
 perezosa se recuesta
 como coqueta odalisca
 que harem misterioso encierra.
 Del pueblo á corta distancia
 sobre un risco que bordea
 el escabroso camino
 álzase una cruz de piedra,
 con larga inscripción grabada,
 que las hazañas recuerda
 de una mujèr valerosa,
 de aquel Par de Francia émula,
 Roldán, por el que llamaron
Roldana también á ella.
 Más allá, sobre la cumbre
 de un peñasco que rodean
 abismos, que al que los mira
 hacen perder la cabeza,
 se eleva un fuerte castillo,
 atalaya y centinela,

donde la graciosa villa
 tiene segura defensa.
 Es Luque rica y famosa
 en historias y leyendas,
 cuyos valientes caudillos
 fueron los Egas Venegas,
 que con Roldanes y Ayalas,
 Arrebolas y Vaieras,
 Jurados, Porras y Ortices
 mantuvieron siempre enhiestas,
 siglo tras siglo, en la altura
 de sus invictas almenas,
 contra el poder mahometano
 las cruces de sus enseñas.
 Nació de los Arrebolas
 una bizarra doncella
 que inmortal hizo su nombre
 con sus inclitas proezas,
 probando, heroica, que en Luque,
 según las historias cuentan,
 al valor de los varones
 no van en zaga las hembras.

II

Aún no mediaba su curso
 el siglo décimotercio
 cuando las gloriosas armas
 del Rey Fernando Tercero,

después de ganar á Córdoba,
de triunfo en triunfo corrieron
desde la margen del Betis
hasta los riscos luqueños.
La Cruz extendió sus brazos
sobre castillos y pueblos
que bajo el poder musulime
cinco centurias gimieron.
Cabra, Porcuna, Baena,
Morón, Aguilar, Zuheros,
Osuna, Lucena, Rute,
Castro, Luque y Hornachuelos,
se despertaron cristianas
si moriscas se durmieron.
Tanta gloria y tal fortuna,
si á los cristianos dió alientos,
el odio y sed de venganza
desbordó en los agarenos,
que no bien de sus derrotas
se contemplaron rehechos,
sobre los pueblos llorados,
do sus hogares perdieron,
tornaron, con nuevos bríos,
y aunque no siempre su esfuerzo
logró rendir la bravura
de los alcaldes fronteros,
alguna vez dió la suerte
á sus empresas el éxito.
Tocó á Luque tal desdicha
y al yugo musulmán vuelto,
aún resistió por un siglo
en su inexpugnable asiento

de los valientes cristianos
los reiterados asedios.
Amaneció, al fin, un día
en que con lucido ejército
fué sobre la villa heroica
el Rey Alfonso el Onceno,
y entre la brava cohorte
de cristianos caballeros
que al buen Monarca seguían
á la batalla dispuestos,
marchaba una rica hembra,
un bravo potro rigiendo,
empuñando fuerte lanza,
y sobre la espalda suelto,
escapándose del casco,
flotante y rubio el cabello.
Era Isabel de Arrebola,
cuyo valor y desnudo
en cien reñidos combates
fué de varones ejemplo.
Con un Capitán casada
prefirió siempre al sosiego
del hogar, la pesadumbre
de los marciales arreos,
y en las peligrosas luchas
unida á su esposo y dueño
morir, si el caso llegaba,
á su lado combatiendo.
Rivalizó la *Roldana*
con los más bravos guerreros
en el asalto furioso
de aquel castillo soberbio,

hasta lograr su rescate,
 de sangre á subido precio.
 Quiso el magnánimo Alfonso
 poner tal joya á cubierto
 de ataques de la morisma,
 y mejorando sus medios
 de defensa, guarneciólala
 de numerosos arqueros,
 con caudillos que juraron
 defenderla como buenos,
 y á los que colmó el Monarca
 de dones y privilegios.
 Quedó la *Roldana* en Luque
 con su esposo, y allí término,
 con la corona del mártir,
 puso á su inclitos hechos.

III

Negaba ya sus fulgores
 á los escondidos valles
 el sol, corriendo á Occidente,
 en una apacible tarde
 de la alegre primavera,
 de esas cuyo influjo hace
 llegar á nuestros sentidos
 con fuerza más penetrante
 los aromas de las flores,
 la música de las aves,

los murmullos de las fuentes
 y los rumores del aire,
 cuando, dejando de Luque
 los seguros baluartes,
 un grupo de caballeros
 salió alegre á solazarse
 por las amenas orillas
 de floridos olivares,
 hasta llegar á una fuente
 que á corta distancia nace.
 Isabel iba con ellos,
 sin que ninguno pensase
 en peligros, cosa propia
 de mujeres y cobardes.
 Sentáronse descuidados
 á la cristalina margen
 de la fuente, cuando atónitos,
 vieron que en rápido avance
 se les acercaba un grupo
 de osados jinetes árabes.
 Embargó el peligro en ellos
 todo generoso arranque
 y huyendo cobardemente,
 sin esperar nadie á nadie,
 perseguidos de los moros
 que les iban al alcance,
 lograron los caballeros
 llegar á Luque y salvarse.
 Cansada, Isabel, y sola,
 impedida de su traje,
 se ocultó tras unas peñas:
 pasó la taifa adelante

sin verla, y ya se creía
 salvada, cuando el herraje
 de un caballo, le dió aviso
 de que los riesgos del lance
 aún duraban para ella,
 y á poco, miró acercarse
 al sitio donde se hallaba,
 un moro de mal talante
 que, al verla, refrenó al bruto
 y desnudando el alfanje,
 de dos tajos, ambos pechos,
 entre torrentes de sangre,
 cortó á la infeliz cristiana
 con ferocidad salvaje.
 Intentó, de un tercer golpe,
 el noble cuello segarle,
 y ella, burlandó el intento,
 saltó ligera, y ganándole
 la lanza, la hundió con furia
 en el pecho del alarbe,
 que, como de un rayo herido,
 á sus pies rodó cadáver.
 Tomó la rienda al caballo
 y caminó, desangrándose,
 hasta llegar al castillo
 donde entró, ya vacilante,
 y á poco, cayendo en tierra,
 libre de su humana cárcel,
 á las regiones empireas
 voló el alma de la mártir.
 Así murió la *Roldana*;
 y la tradición añade,

que los menguados amigos
 que en el peligroso trance
 la abandonaron, sintieron,
 de por vida, las tenaces
 garras del remordimiento
 en su conciencia clavarse.
 La historia dice sus nombres;
 mas, bueno será callarles,
 que á castigar tales hechos
 es el silencio bastante (7).

